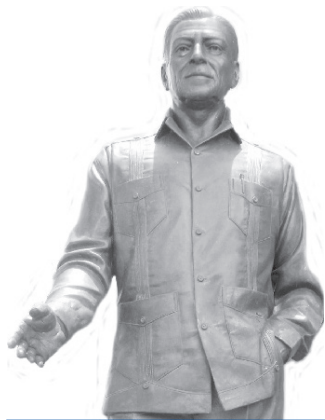




**La fiera
auténtica:
la única**

(23 de octubre de 1955)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2610

DOMINGO 20 DE SEPTIEMBRE DE 2020

Embrionario

Magda Escareño

Brusquedades:

I Breve episodio:

Todo en mí está afuera, soy un soplo del que habla, una melancolía del que llora, risa del que sueña. Soy el de enfrente, sin cuerpo ni palabra, sin contorno. Rubor de luna. Humor de sol. Gracia de volcán. Fugitiva de mí, no siento el dolor porque soy el dolor.

ESCRIBEN: Alejandro Pérez, Jesús Adín, Carlos Ramírez, José Larios, Salvador Velazco, Ángel Gaona, Brandon Enciso, Norma Navarrete, León Mendoza y Carlos Caco Ceballos.

Ima y Coli, la nostalgia por Colima

****Entrevista a Alejandro Pérez Cortés, ganador del Premio Paz de Poesía 2020**

Julio César Zamora

“No sé si esté a la altura de poder definir la poesía. Son palabras mayores. Me considero un principiante en la poesía. Mi manera de vivirla es leerla, promoverla, enseñarla, sobre todo si es en español y en esta parte del mundo”.

Esa parte del planeta a la que se refiere el poeta colimense Alejandro Pérez Cortés, es la ciudad de Seattle, en Washington, donde reside desde hace varios años como maestro y tutor de español en el nivel de escuela preparatoria. Además de español, imparte la materia cultura latinoamericana o hispanoamericana.

“Mi trayectoria en las letras empezó en Colima, cuando visité el taller literario que solían coordinar Verónica Zamora y Sergio Briceño, con quienes tuve una buena amistad; pero fue en el Tablero, taller literario que coordinaba Efrén Rodríguez, donde eché raíces. Después tuve la oportunidad de ingresar al taller de poesía de Víctor Manuel Cárdenas, en ese entonces estábamos trabajando en lo que iba a ser mi primera ‘plaqueta’ de poesía, pero de repente se me presentó la oportunidad de poder ser maestro de español en los Estados Unidos, y pues la tomé y ‘la plaqueta’ nunca vio la luz”.

El miércoles pasado, las raíces de Alejandro Pérez dieron fruto cuando The National Poetry Series y The Miami-Dade Collage le otorgaron el Premio Paz de Poesía 2020, con su poemario *Ima y Coli, el árbol que nunca fue semilla*, un título sugerente de su tierra natal con la combinación de las palabras Ima y Coli, pues el autor ha reconocido que la obra se fraguó a partir de una gran nostalgia por Colima.

“En el poemario he dividido a Colima en dos regiones: ‘Ima’ y ‘Coli’, cada región cuenta con sus propias tradiciones, creencias, etcétera; ambas aparentan estar divididas, pero en realidad están unidas en un plano místico, espiritual y fantasmal. El árbol es una continua regresión a lo largo de la obra, porque también es una representación de ‘Ima’ y ‘Coli’”.

Como mexicano y como migrante, haber recibido el Premio Paz de Poesía lo llena de orgullo y lo alienta a continuar la carrera de las letras, pero sobre

todo le satisface que el poemario haya sido reconocido en el idioma que lo vio nacer, el español.

“Por supuesto Octavio Paz es uno de los muchos poetas que he leído, pero tengo una lista en la que figuran Jaime Sabines, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, José Hierro, Walt Whitman, Alejandra Pizarnik, José Vicente Anaya, Alfonsina Storni; entre los poetas colimenses, desde luego Efrén Rodríguez y Víctor Manuel Cárdenas”.

Durante el aislamiento, la experiencia de Alejandro Pérez ha sido variada, desde el “shock” emocional hasta creer que todo es irreal, pero también ha sido tiempo de introspección, tiempo para leer y escribir más y para alimentar otras formas de creatividad artística. Durante el verano se dio a la tarea de crear Alebrijes de madera.

“Extraño Colima todos los días. En el poemario aparece el perro Xoloitzcuintle, es uno de los personajes de uno de los poemas. También empleo palabras como el tejuino, el ticús, las pitayas, Manzanillo, Comala. Y es que gran parte de mi familia vive todavía en Colima; la amo por dimensiones y por universos paralelos y años y días”.

La última vez que el poeta visitó Colima fue en diciembre de 2019, y por poco no regresa a Seattle, pero no fue por la querencia, sino por un accidente en el automóvil en que viajaba, dio dos volteretas y terminó con las llantas mirando hacia el cielo. A pesar de todo resultó ileso y ya está planeando su próximo regreso a tierra de palmeras.

“Quiero agradecer a **Diario de Colima** por la entrevista y resaltar que acá en Seattle somos lectores de *Ágora*, disfrutamos mucho el suplemento cultural. Además de colaborar eventualmente con algunos poemas de mi parte, nos gusta la variedad de contenidos y autores, y el diseño nos parece genial”.

El poemario *Ima y Coli, el árbol que nunca fue semilla*, se publicará el próximo año por la editorial Akashic Books, será una edición bilingüe con la traducción de Sean Manning. Una vez que tenga el libro en sus manos, a Alejandro Pérez le encantaría hacer una presentación en Colima.

Ima y Coli, el árbol que nunca fue semilla*

Alejandro Pérez Cortés

En las ruinas

de esta ciudad calcinada encontramos tablillas y relieves en piedra caliza.

Destaca el relieve de un hombre

que cercena la piedra hasta hacerla metáfora junto con una mujer

que exprime verbos hasta lograr que de sus conjugaciones brote un manantial de barro.

En un anexo de estas tablillas se muestra el manatíal de barro separarse.

Esta separación del manatíal de barro crea un Lago y un Valle de tierra agrietada, es como tierra que se parte porque cruje, un Valle que cruje.

Hemos queridos entender y explicar qué es más importante:

el hombre que cercena la piedra hasta hacerla metáfora o la mujer que exprime verbos.

-¿Por qué aún se nos hiela la sangre cuando tratamos de explicar esto?

-¿Estamos ante algo que no es de este mundo?

Hemos decidido ni explicar ni entender.

-¿Es profética la metáfora cercenada de la piedra, sí o no?

-¿Es el manantial de barro que brota de los verbos nuestro génesis, sí o no?

A estas alturas no importa.

Si algo importa es que no sabemos hoy,

y mejor aún que no supimos lo que pasará mañana.

Existe la no respuesta a aquello de que fuimos formados del recuerdo del suelo.

-Del recuerdo del suelo fuimos formados, ¿cómo?

No supimos cómo,

pero en esta tierra hemos descubierto

que el recuerdo nos devora hasta darnos vida,

y empezar a vivir es la mejor manera de no convertirnos en memoria.

Estas son las 9 tablillas de piedra caliza,

los relieves que narran los principios de la tierra de “Ima” y la tierra de “Coli”

y del árbol que nunca fue semilla.

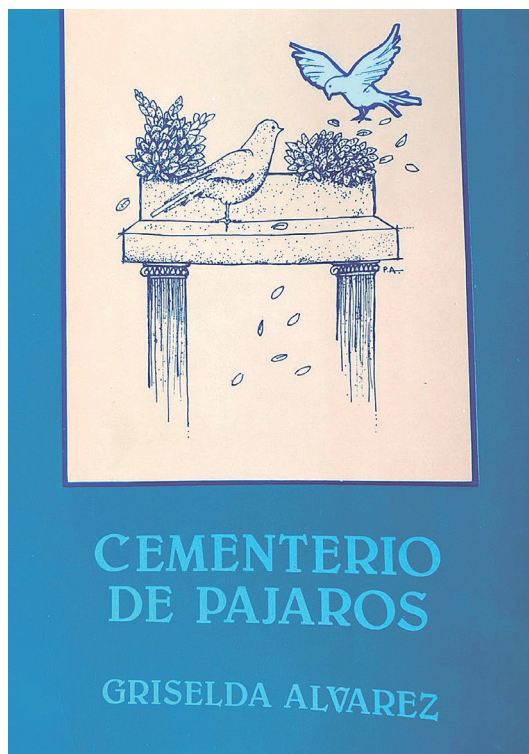
**Estos versos son un fragmento del poemario Ima y Coli, el árbol que nunca fue semilla, con el que su autor, Alejandro Pérez, obtuvo el Premio Paz de Poesía 2020.*



Leer bajo el volcán

Carlos Ramírez Vuelvas

Cementerio de pájaros, de Griselda Álvarez, fue todo un acontecimiento en la poesía mexicana, en su primera edición de 1956. Editado bajo el extraordinario sello Cuadernos Americanos, dirigido por Jesús Silva-Herzog con la vigilante asesoría de Alfonso Reyes, concentra en sus poemas toda la potencia del pensamiento griseldiano: una lírica expresión de dignidad femenina. Desde su aparición, ha recibido elogios de otros grandes escritores de nuestro país, como Andrés Henestrosa, Margarita Michelena, Fernando Solana y Fernando Sánchez Mayans, entre otros. El libro fue reeditado en los ochenta por la Universidad de Colima, y ha sumado lectores entre nosotros, como Ada Aurora Sánchez Peña, Gloria Vergara y Carmen Zamora y José González Freire. Los invito a frecuentar los versos de Griselda Álvarez, y reconocer en ellos las primeras expresiones públicas del mundo femenino en el siglo XX. Los invito a leer literatura colimense.



Persuasión

Ángel Gaona

Entre la vida y la muerte elijo estar
quedan apetencias
entuetos por desfacer
asuntos guardados en un cajón de saestre
donde colecciono expedientes
de alta prioridad.
Elijo ser otro, mejor o peor da igual
esta vez cuidaré el fondo
-las formas son circunstanciales-
Cómplice de mis demonios
daré lo que queda de mis arrestos
como eterno perdedor.

¿Por qué escribe Víctor Valencia?

Jesús Adín Valencia

Al momento de sacar del sobre páginas arrancadas de una libreta -setenta, para ser exactos- expidieron un olor grato a tinta con ceniza de fogón. Cada papel reserva un poema de amor, con versos de arte menor, algunas rimas, entre cinco y ocho estrofas. Reflejan la vena tradicional de cancionero romántico.

Víctor Valencia siente el desahogo cotidiano de escribir antes de que acabe el día. Vive enamorado. No busca la trascendencia ilusoria de escritor famoso. Plasma versos porque resuelve hacerlo. Cada vez, al mirarla, recordarla, imaginarla, surge dentro de él la premura de crear un poema dedicado a quien nada sabe.

Me confió sus escritos para comentarlos y, si acaso corregir ortografía y sintaxis. Antes de conocer más acerca del motivo inspiratorio pensé lo conveniente de hablarle de lugares comunes, de rípos y disonancias, del romanticismo, de Bécquer, Acuña, lo dramático del amor. Pero al escuchar el audio de *WhatsApp*, que me permito previa autorización del autor transcribir enseguida, cualquier aportación estilística de mi parte resulta en vano. La honestidad es admirable.

“Mira Chuy, hay mucho que aprender... yo... la verdad, te comparto algo que a mí me pasó y me pasa. Hay una persona que conocí hace mucho... te estoy hablando de... ¿qué tendría?... unos trece, catorce años. Ella iba mucho a visitar a su abuelita, vivía en frente de mi casa. Pues, no sé por qué, me impactó desde el principio. Sí, es muy bonita, siempre lo fue, desde niña. Pero era más su forma de ser; algo me transmite, es bastante especial.

“Cuando estuvimos en secundaria, en el mismo salón, era muy dedicada, correcta, a cada rato aparecía en el cuadro de honor, todo lo contrario a mí,

lo que yo era... un relajado... digo ‘era’ porque estoy vivo pero tú sabes, soy distinto. Me encantaba verla, admirar sus movimientos, mientras sonreía a las amigas al platicar, cuando escribía en su libreta o pasaba al pizarrón. Desde que yo recuerdo, te lo voy a decir con todas sus letras: estoy completamente enamorado.

“Busqué ayuda psicológica porque, pues, tuve miedo de que se volviera en mí una obsesión enfermiza de nomás estar pensando en ella y planear una y otra vez, todos los días, el mejor pretexto para acercarme a... ¿decirle qué? ¿Invitarla a tomar un café? ¿Ir al cine? ¿Darle uno de tantos poemas dedicados?

“No quiero asustarla. Temo al rechazo desde la infancia. Le pedí a Dios que me ayudara a sacarla de mi cabeza, para que no afectara mi vida emocional: ‘Apártame, Dios mío de su presencia’, y una vez, por ejemplo, casi chocamos al salir del templo. Me sonrió. Con eso tuve para ser feliz y desdichado al reponerme de la impresión.

“Otro día, frente al Señor de la Expiración, en el Rancho de Villa, mientras hincado pedía ya no verla sentí la atracción de voltear a la derecha y allí estaba ella. Regresé la mirada al altar. Cerré los ojos. De tenerla tan cerca mi mejilla comenzó a calentarse.

“Escribo versos, Chuy, me la paso escribe y escribe porque busco vencerme de que sí es amor, no una obsesión que me domina, con la cual he aprendido a convivir; yo pienso, vale, que ella se asustaría de saber esto que dentro de mí representa”.

—Escribe primo -respondí-, que brote y fluya.

Al ojo de agua nunca le ha correspondido saber de cauces ni destinos.

Comala, septiembre de 2020.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

La fiera auténtica: la única

Don Manuel Sánchez Silva

(23 de octubre de 1955)

Quienes a pesar de la experiencia nos obstinamos en creer en las virtudes de bondad y piedad de los hombres, como símbolo de superioridad sobre las bestias, deberíamos de tener presentes las palizas recibidas por Don Quijote como pago a su santa locura, y la amarga decepción de Bolívar, que enfermo, abandonado y pobre decía poco antes de morir: “Cristo, Don Quijote y yo, hemos sido grandes majaderos, porque los tres creímos en la buena fe de los hombres...”.

Los motivos que el “lobo de Gubbia” —el terrible lobo— expone a San Francisco en el maravilloso poema de Rubén Darío, son cruelmente realistas: “hermanos y hermanos se hacían la guerra; perdían los débiles, ganaban los malos”. Y la bestia, también decepcionada por la mala levadura del hombre, sintió que en sus entrañas revivía la fiera y que volvía a ser lobo malo de repente, “mas siempre mejor que la mala gente...”.

Allá por el año de 1932, presencié en México un espectáculo abominable. El 16 de septiembre cayó en sábado, circunstancia que aprovechó la empresa del circo Beas para contratar la plaza de toros El Toreo y presentar una función circense, cuyo número especial y último era la lucha “a muerte” entre un león africano y un toro de lidia.

El enorme coso se abarrotó de una multitud bullanguera y ávida de emociones fuertes. En medio de la impaciencia refrenada transcurrió la primera parte del programa, y cuando por fin los empleados del circo instalaron en el redondel una enorme jaula de hierro y soltaron dentro de ella a un hermoso león, la muchedumbre calló, palpitante de emoción, ante el espectáculo que se iniciaba.

Se desperezaba voluptuosamente la fiera, estirando sus miembros musculosos, cuando irrumpió como una tromba huracanada un espléndido ejemplar de Rancho Seco, negro y lustroso como un esmalte.

Bajó el toro la armada testa procurando enganchar al león, pero éste, replegándose sobre sí mismo, describió una parábola en el aire hasta caer sobre el testuz de su enemigo, en el que hundió las aceradas garras. Mientras le destrozaba la carne con sus dientes implacables, emitió el toro un espantoso bramido de dolor y de rabia, dándose a correr desesperadamente por la pista, en bruscos movimientos y contorsiones inverosímiles, para desprenderse al felino. La sangre brotaba a borbotones de las profundas heridas.

Cayó por fin el león, y el toro, enfurecido, lo empitonó salvajemente. El cuerno penetró en los ijares de la fiera y la levantó, estrellándola contra los enrejados y volviendo a ensartarla varias veces en el aire, hasta que el infeliz animal, brutalmente corneado, buscó refugio en el ángulo de la jaula, donde se recogió en sí

mismo profiriendo lamentos impresionantes.

Cada vez que el toro se acercaba con el intento de rematar a su víctima, el león, que ya no podía pararse, extendía las zarpas delanteras destrozando la cara del rumiante. Le reventó un ojo y le deshizo la nariz y los belfos.

Hubo un momento en que el toro, también mortalmente herido y desangrado, se retiró al extremo opuesto de la jaula. A través de 20 metros de distancia, los dos enemigos, sangrantes y agotados, se observaban con insistencia criminal. Ya no podían pelear.

Y aquí vino lo más deprimente del espectáculo. La lucha, anunciada “a muerte”, había sido presenciada con creciente interés por un público morbos, que ahora se sentía insatisfecho y defraudado ante la posibilidad de que no terminara con la muerte de alguna de las fieras.

No eran bastantes las estrujantes emociones producidas por el combate, ni la contemplación de los cuerpos lacerados, ni los charcos de sangre cada vez de mayor diámetro en que ambos estaban. La lucha era “a muerte” y alguien debería morir.

La impaciencia del público empezó a manifestarse en gritos de azuzamiento y rechiflas ensordecedores. Algunos espectadores amontonaron periódicos en las graderías y las prendieron fuego. La noche se venía encima y las luces mortecinas del crepúsculo, las hogueras incandescentes y la muchedumbre indignada en sus protestas, constituían un cuadro de regresión selvática.

La empresa, deseosa de complacer al público, ordenó que numerosos empleados, armados de tridentes y puyas férreas, pincharan a las bestias heridas para proyectarlas una contra la otra. Pero el león no pudo moverse de su ángulo protector, y el toro adelantó hasta media pista, poniéndose fuera del alcance de sus incitadores.

Esto acabó por sulfurar al público. De pronto, se descolgaron racimos humanos hasta el redondel: arrebataron a los empleados sus fierros, pusieron en los extremos bolas de papel que luego encendieron, metiéndolas por entre las rejas hasta donde el brazo les alcanzaba, en tanto que los otros arrojaban dentro de la jaula hisopos llameantes.

El león, que materialmente no podía pararse, no pudo salvarse del fuego. La furia criminal incendió su pelaje y era espantoso ver arder a la pobre bestia imposibilitada y escuchar sus gemidos. En ese momento abandoné la plaza, horrorizado, deprimido y avergonzado. Había presenciado el espectáculo más significativo de mi vida. Había visto, cara a cara, el alma del hombre.

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†



Allá por el año de 1932, presencié en México un espectáculo abominable. El 16 de septiembre cayó en sábado, circunstancia que aprovechó la empresa del circo Beas para contratar la plaza de toros El Torco y presentar una función circense, cuyo número especial y último era la lucha “a muerte” entre un león africano y un toro de lidia.



A las nueve en punto

Ya no estoy aquí

Salvador Velazco

Este domingo se llevará a cabo la entrega de los Premios Ariel 2020 en formato virtual. La Academia Mexicana de Artes y Ciencias Cinematográficas (AMACC) premiará lo más destacado del cine nacional en una ceremonia que será transmitida en vivo simultáneamente por el Facebook Live de la AMACC y por el Canal 22. La película que tiene más nominaciones este año (13 en total) es la dirigida por Fernando Frías, *Ya no estoy aquí*, la cual llamó la atención en 2019 al ganar el Premio del Público y Mejor Largometraje de Ficción en el Festival Internacional de Cine de Morelia, algo que no pasa frecuentemente. A partir de mayo ha estado disponible en Netflix esta sorprendente película que entusiasmó al cineasta Guillermo del Toro, quien escribió en Twitter refiriéndose a la cinta: “Me hizo eco, me emocionó, me sacudió, me hizo pensar y me provocó profunda admiración y respeto”. Yo también quiero dejar aquí constancia de mi entusiasmo por esta producción que muy probablemente se llevará el Ariel por mejor película y, a todas luces, sería un galardón bien merecido.

A mi juicio, una de las mayores virtudes de *Ya no estoy aquí* tiene que ver con el rescate que esta película hace de una subcultura juvenil y urbana de Monterrey, Nuevo León, identificada con la cumbia colombiana. Esta música de la costa atlántica de Colombia ha sido una música migrante —como lo fue la salsa que desde Nueva York se expandió por América Latina y el Caribe— y llegó al noreste de México sobre la segunda mitad del siglo XX para cautivar, sobre todo, el gusto de los sectores populares. A partir de la década de los ochenta comienza a surgir en Monterrey un movimiento que tiene a los jóvenes de las colonias marginales como protagonistas: los *colombias*. Se distinguen por preferir la cumbia ‘rebajada’ que es una variación regiomontana en donde se escucha esta música más lentamente para entender mejor la letra de las canciones y bajar de intensidad al rápido ritmo caribeño. Quien es considerado un precursor de este movimiento es Celso Piña, un verdadero ídolo para los *colombias*, el cual formó el primer grupo de música colombiana integrado por oriundos de Nuevo León, su Ronda Bogotá.

El personaje central es Ulises (Juan Daniel García), líder de una pandilla de *colombias* llamada Los Terkos, jóvenes adolescentes que han logrado constituir una identidad diferencial a la de las clases hegemónicas, los ‘niños bien’ de Monterrey. Mientras estos son ‘vaqueros’ aquellos son ‘colombias’. Este es, quizá, el tema central de *Ya no estoy aquí*: la formación de un fenómeno identitario que implica un ‘nosotros’. Dos elementos son esenciales para la performatividad de esa identidad. Primero, es el baile *colombiano* que aprenden desde muy pequeños como fue el caso de Ulises, quien lo empezó a bailar a la edad de cuatro años. Bailan en círculo, a contrarreloj, entregados por completo al hipnótico ritmo de la cumbia y al goce festivo del cuerpo. En la película, veremos bailar a Los Terkos a veces en una fiesta, a veces en una calle, siempre en su territorio, en la colonia Independencia, cuna de este movimiento juvenil. En realidad, en estas fiestas barriales cada banda de *colombias* despliega su arte dancístico como si participaran en un combate ritual.

Su estilo de bailar es tan inconfundible como su forma de vestir. Como los pachucos

de los años cuarenta en Los Ángeles que usaban unos trajes holgados llamados ‘zoot suits’, los *colombias* de Monterrey han encontrado en su vestimenta una forma de identidad: pantalones anchos marca Dickies, camisas hawaianas de colores brillantes, playeras aerografiadas, tenis Converse, grandes escapularios, paliacates y gorras personalizadas. En sus ropas llevan símbolos religiosos entre los que se destacan la Virgen de Guadalupe y San Judas Tadeo. Asimismo, se destacan sus peinados de largas patillas que rebasan la barbilla, con partes rapadas de la parte trasera de la cabeza y flecos perfectamente delineados en la frente.

En breve, indumentaria, accesorios, baile y música de los *colombias* han dado forma a una estética y a un imaginario simbólico como una estrategia para desarrollar un capital cultural que les es negado por las clases hegemónicas. Es una respuesta a la marginalización económica, social y cultural y un signo de la lucha por un reconocimiento. Para ellos ser jóvenes, urbanos, populares, rebeldes, creativos, gozosos, es, simplemente, ser *colombias*.

La acción de la película tiene lugar en 2011, a fines del sexenio de Felipe Calderón, el presidente que al inicio de su mandato les declaró la guerra a los cárteles de las drogas por lo que se incrementó en forma alarmante el número de homicidios, desplazados y desaparecidos en el país. Uno de estos desplazados es precisamente Ulises, quien se verá obligado a huir a Estados Unidos por un malentendido con uno de los cárteles que opera en su barrio. Así, el protagonista se refugiará en Queens, Nueva York, en donde enfrentará varios obstáculos para poder sobrevivir. Al igual que el héroe de la *Odisea* en el poema épico atribuido a Homero, Ulises sólo deseará regresar a su Ítaca, a la colonia Independencia, en donde formaba parte de una comunidad que a través de la música y el baile expresaba su alegría de existir, a ese espacio suyo donde su vida tenía un valor y sentido de pertenencia. Así se explica la nostalgia que lo envuelve porque en Estados Unidos esa comunidad simplemente no existe para él. A fin de cuentas, su salida de México no tenía el propósito de alcanzar mejores condiciones de subsistencia como sería, tal vez, la meta de muchos migrantes, sino la de salvar su vida.

El auge de los *colombias* de Monterrey se dio a mediados de los ochenta y principios de los noventa. En este sentido, la película recrea este fenómeno juvenil cuando ya está en un proceso de extinción. Así, el título de la cinta, *Ya no estoy aquí*, bien podría referirse a la paulatina desaparición de esta subcultura urbana del paisaje regiomontano. La violencia que el narcotráfico ha infligido a estos barrios marginales ha sido una de las causas de este desvanecimiento. Es también innegable que los medios de comunicación masiva al presentar estas colonias populares como ‘zonas de guerra’ han contribuido a estigmatizar a estos jóvenes como delincuentes, maleantes y sicarios. En este sentido, ser *colombia* es motivo para ser sujeto al hostigamiento policial o al rechazo en el sector laboral. La lógica de las clases hegemónicas se resiste a aceptar que los *colombias* han creado esta identidad no para abrazar la violencia y el crimen, sino como un espacio simbólico donde refugiarse de la pobreza, la exclusión y la discriminación.



Ulises, el personaje principal de la película, en el goce festivo de la cumbia rebajada.

Indumentaria, accesorios, baile y música de los *colombias* han dado forma a una estética y a un imaginario simbólico como una estrategia para desarrollar un capital cultural que les es negado por las clases hegemónicas.

¿Por quién doblan las campanas?

Brandon Enciso Alcaraz

Ernest Hemingway es un escritor al que podríamos considerar atípico, lejos de la imagen del intelectual consumado, era un hombre de acción, que estuvo presente en ambas guerras mundiales y en la civil española; que amaba los toros y a las mujeres, y que siempre buscó que su escritura fuese un lugar limpio y bien iluminado.

Su vida fue una montaña rusa, y luego de tanto conflicto y lucha, el autor pondría fin a sus días por mano propia, usando una de las armas con que llegó a ir de cacería. Hoy sabemos que, tristemente, su salud mental empeoró dados los malos tratamientos que recibió, mismos que buscaban atender un padecimiento que se cobró la vida de otros de sus familiares.

Pero muchos años antes de que llegara el último de sus días, Hemingway viajó a una convulsa España, donde, como corresponsal, cubrió los sucesos de la Guerra Civil, en los cuales se inspiró para la novela que da título a esta obra, *¿Por quién doblan las campanas?* De mencionarse que éste viene a su vez de un antiguo poema del autor John Donne, y, ya sólo como curiosidad, que el grupo de *trash metal*, Metallica, tiene una canción homónima donde hablan de la novela.

La obra en cuestión aborda la historia de Robert Jordan, un profesor de español estadounidense que lucha como explosivista en el lado republicano. Él tiene la misión de destruir un puente, lo cual es vital para evitar una contraofensiva en una lucha próxima a ocurrir.

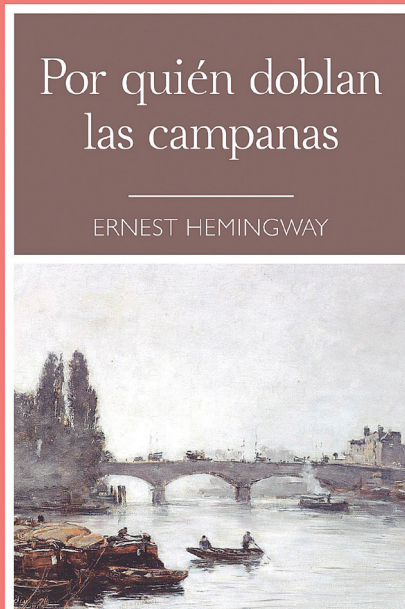
Los días previos al ataque, Jordan se relaciona con un pequeño grupo de guerrilleros entre los que destaca María, personaje cuya creación se dice que Hemingway se basó en una enfermera que conoció en un hospital: Pilar, una mujer ruda de gran lealtad a la república, y Pablo, un ebrio cobarde que dirige al grupo, entre otros individuos.

Los días previos al ataque, Jordan se relaciona con un pequeño grupo de guerrilleros entre los que destaca María, personaje cuya creación se dice que Hemingway se basó en una enfermera que conoció en un hospital; Pilar, una mujer ruda de gran lealtad a la república, y Pablo, un ebrio cobarde que dirige al grupo, entre otros individuos.

En la larga espera que precede al combate, nuestro protagonista descubre el amor y se cuestiona sobre la importancia de la vida, al tiempo que hace frente a la posibilidad de la muerte, y en cómo esta podría frustrar cualquier plan futuro. Está también presente el tema de la lealtad, pues todos los que combaten creen en su causa y saben a lo que se enfrentan, y es curioso notar cómo, a lo largo de la novela, son frecuentes los momentos en que los guerrilleros se abrazan y consuelan entre sí, llegando a declararse como miembros de una misma familia.

El suicidio, a su vez, surge en muchos momentos como la alternativa al sufrimiento, al tiempo que el propio Robert busca evitarlo, pues dice, su padre, a quien considera un cobarde, se suicidó, y él busca evitar esto, creando con ello un curioso paralelismo entre el autor y su obra, uno que, como ya se dijo, años después tendría su propia resolución.

Pero, ¿y en qué acaba la obra? ¿Logran su cometido? ¿Qué pasa con nuestro personaje? ¿Cuál es esa decisión final? Y ¿por quién doblan las campanas? Pues no le diré más, vaya y destine media hora de su día a leer, que le aseguro, en estos tiempos de pandemia, le hará mucho bien.



Las campanas doblan por ti

John Donne*

¿Quién no echa una mirada al sol cuando atardece?

¿Quién quita sus ojos del cometa cuando estalla?

¿Quién no presta oídos a una campana cuando por algún hecho tañe?

¿Quién puede desoír esa campana cuya música lo traslada fuera de este mundo?

Ningún hombre es una isla entera por sí mismo.

Cada hombre es una pieza del continente, una parte del todo.

Si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda disminuida,

como si fuera un promontorio, o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia.

Ninguna persona es una isla; la muerte de cualquiera me afecta,

porque me encuentro unido a toda la humanidad;

por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti.

**Poeta metafísico inglés (1572-1631). El amor, la religión y la muerte son temas característicos de su obra.*

Peces de ciudad

León Mendoza

Nunca dejes que la vida

llegue en silencio

permítele gritar

que no solo sea una

observadora en este

andar de multitudes

quizás los ciegos vean más

y los sordos escuchen lo que

callan las almas que se perdieron

en los ríos de concreto

donde somos lo que ellos

no nos dejaron ser

y ahogaron nuestra libertad

Miguel Hidalgo y Costilla en los registros de la Iglesia Parroquial de la Villa de Colima

José Luis Larios García*

Cada aniversario del inicio de la Independencia de México, recordamos la estancia de Miguel Hidalgo y Costilla, quien estuvo como cura interino de la Iglesia Parroquial de la Villa de Colima en 1792, nombrado por el obispo de Michoacán Antonio San Miguel, después de haber ocupado la rectoría del Colegio de San Nicolás Obispo, Valladolid. Años antes de su llegada, se habían implementado las reformas borbónicas enarboladas por el rey Carlos III, y aprobadas con la real cédula del 4 de diciembre de 1786, donde cambiaron las estructuras de gobierno, tanto políticas como eclesiásticas, lo cual, el Partido de Colima perteneció a la Intendencia de Valladolid.

El historiador Juan Carlos Reyes, refiere que Miguel Hidalgo, tras su estadía en Colima, contó con apoyo de amigos y personas conocidas, “entre los que destacan el subdelegado Gamba González y su esposa, y el Br. Nicolás Díaz, cura de San Francisco Almoloyan y padre de José Ignacio Díaz, quien había sido su alumno en Valladolid, Hidalgo se habrá integrado rápidamente a la vida social” (Reyes, 2010: 9), pero también a la vida pastoral y eclesiástica. Se tiene poca evidencia que ahonde en sus actividades cotidianas, e incluso religiosa. El mismo autor señala que “la huella documental del paso de Hidalgo por Colima quedó limitada a los registros autógrafos que existen en los libros parroquiales de matrimonios y bautismos conservados en su tiempo en el Archivo Parroquial de la Villa de Colima” (Ibid., 12), hoy resguardados en el Archivo Histórico Parroquial de San Felipe de Jesús (Beaterio).

De acuerdo a las firmas registradas por Miguel Hidalgo y Costilla, corresponden al *Libro de información matrimonial 1791-1793*, rubricadas del 10 de marzo al 26 de noviembre de 1792, estuvo escasos ocho meses.

Las informaciones matrimoniales (hoy conocidas como presentaciones matrimoniales), contiene datos de los contrayentes como lugar de origen, nombre de los padres, ocupación, si conocían la doctrina sobre el sacramento del matrimonio, si tenían la edad necesaria para casarse, si existía algún impedimento de parentesco o acudían libremente, entre otros. Además, presentaban tres testigos para dar fe al acto religioso. Después de las declaraciones, corrían las amonestaciones tres veces en las misas solemnes.

El sacerdote que celebraba el sacramento del matrimonio, quedaba registrado en el acta de matrimonio su nombre, grado y firma. Por lo regular lo hacía el cura beneficiado o el teniente de cura, o bien, ambos. Entre los clérigos que asentaron las actas durante el periodo en que Miguel Hidalgo registró las informaciones matrimoniales, fueron el bachiller Francisco Ramírez de Oliva, cura encargado de la sacristía mayor de la Iglesia

Parroquial; el juez eclesiástico, José Felipe González de Islas y los tenientes de cura, José Matheo Fernández Ramos, Francisco Ramírez y Felipe Ruiz de Ahumada. (*Libro de información matrimonial 1791-1793*, núm. 10, ff. 24-140).

Por citar algún ejemplo, el registro de información matrimonial de Juan Antonio Ricardo y Juana Manuela Olives alias Mandujano, mulatos libres, el día siete de noviembre de 1792, acudieron ante el cura Miguel Hidalgo y Costilla, los cuales hicieron juramento en el nombre de “Dios Nuestro Señor y la señal de la Santa Cruz” y decir la verdad en el interrogatorio; por lo que señalaron haber asistido sin presión y no tener

vínculo alguno de parentesco por consanguinidad. Diez días después, el 17 de septiembre, el bachiller Matheo Fernández Ramos, casó a Juan Ricardo, originario de Los Limones, hijo legítimo de Lorenzo Ricardo y María Beatriz Aguilar, con Juana Olives, originaria de la hacienda de Los Pastores, hija de Juan Clemente Olives y Michaela García. (AHPJSJ: *Libro de matrimonios 1780-1795*, núm. 3B, f. 153 fte).

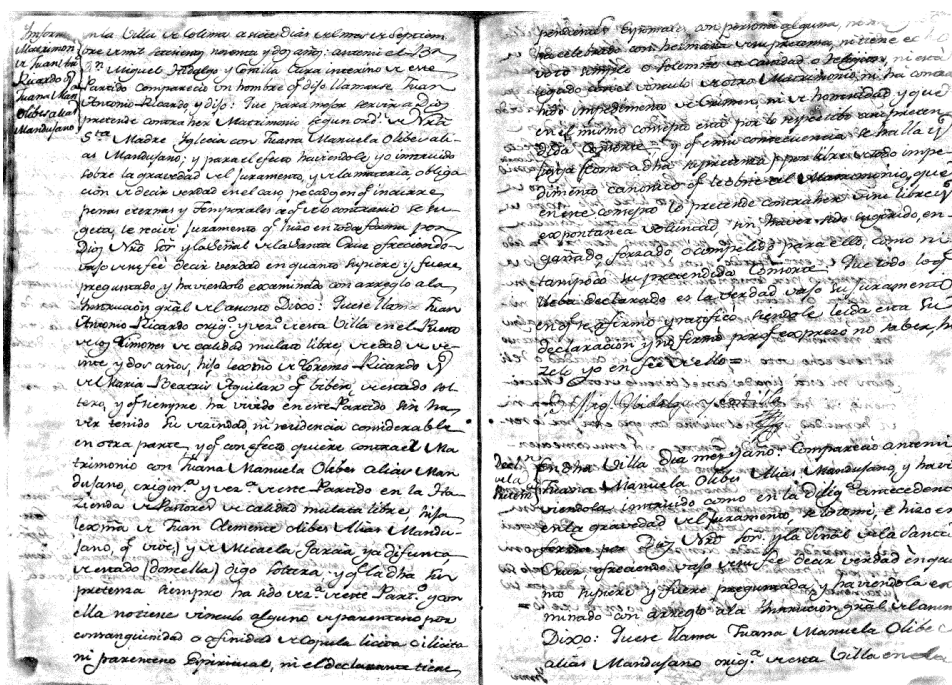
Felipe Sevilla del Río en el libro *Prosas Literarias e Históricas*, argumenta que Miguel Hidalgo era “su interés digamos excesivo por intervenir personalmente en las informaciones matrimoniales”. Por cierto, cita que por lo menos celebró dos bautismos “uno en 10 de marzo otro en 3 de junio” (Sevilla, 2005: 190).

Hidalgo no rubricó ninguna de las actas de matrimonio, quizás no tenía licencia para officiar el sacramento matrimonial, solo celebrar cantamisas y bautizos, ya que según los decretos tridentinos y, ratificados por el *Concilio III Provincial Mexicano* celebrado en el año 1585, exhortaban que antes de efectuar el casamiento, correspondiera al propio párroco el que diera la bendición, y solo éste o el ordinario podían conceder a otro cura licencia sin que ostente privilegio alguno, o costumbre. También se negaba “dicha licencia a los religiosos sacerdotes que peregrinan fuera de sus provincias o monasterios, a no ser que tengan permiso del obispo diocesano”. En todo caso, el cura

Hidalgo dejó una huella histórica plasmada en los documentos religiosos, y que, dada su trascendencia, hoy son un tesoro para la historia de Colima y, a través las informaciones matrimoniales, firmadas con su puño y letra, dan cuanta de la transitoria estancia del más reconocido héroe de la Independencia.

*Historiador del Archivo Histórico del Municipio de Colima

luislarios.ahmc@gmail.com



Información matrimonial de Juan Antonio Ricardo y Juana Manuela Olives alias Mandujano con fecha del 7 de septiembre de 1792, firmada por el cura interino de la Iglesia Parroquial de la Villa de Colima, Miguel Hidalgo y Costilla (AHPJSJ: *Libro de información matrimonial 1791-1793*, núm. 10, ff. 97 vta. y 98 fte. Imagen: Ancestry.mx).

El cura Hidalgo dejó una huella histórica plasmada en los documentos religiosos, y que, dada su trascendencia, hoy son un tesoro para la historia de Colima y, a través las informaciones matrimoniales, firmadas con su puño y letra, dan cuanta de la transitoria estancia del más reconocido héroe de la Independencia.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Sugerencias y otras cositas

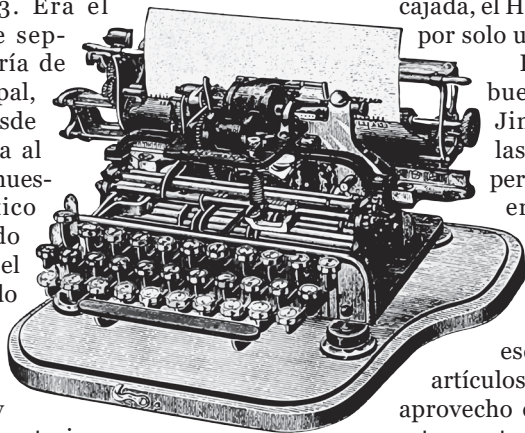
Carlos Caco Ceballos Silva

PRIMAVERA 1993. Era el primer quince de septiembre que pasaría de presidente municipal, y era la primera vez que desde el balcón central se dirigía al pueblo. Sonaron las once y nuestro buen amigo y simpático Chon, se presentó rodeado de su secretario y de todo el cabildo, y cuenta mi estimado yerno que en un momento dado el señor presidente, al arengar, exclamó "Viva don Miguel Hidalgo...", y fue entonces cuando su secretario Lupito le dijo al oído: "y Costilla", y posiblemente Chon, nervioso por el momento, entendió mal y agregó: "y su señora esposa". Una minoría se sonrió pero la gran mayoría aplaudió con énfasis y entusiasmo la bonita y especial arenga del novel presidente municipal de Tecomán.

A finales de la década de los treinta, mi papá Enrique y yo abordamos el tren nocturno que pasaba por Colima alrededor de las 23:00 hrs. Llegamos a Guadalajara aproximadamente a las 6 de la mañana y nos trasladamos al Hotel Fénix, que por aquel entonces era el primero en calidad, ubicación y atenciones. Nos dieron una habitación, nos aseamos y salimos, él iba a conseguir los arbotantes que cedió para que se instalaran en la calle Madero y yo a comprar cosas para el hotel de Cuyutlán, saludar a mis amigos y visitar en compañía de ellos a nuestras "amiguitas". Quedamos de vernos a las 8 de la noche para de ahí encaminarnos de regreso el tren que, aunque salía a las 11 de la noche, podíamos abordar el *Pullman* desde las 8.

Cuando llegué al hotel vi a mi papá discutiendo en la administración y me acerqué, dándome cuenta que el administrador nos cobraba dos días a pesar de haber llegado a las seis de la mañana y salir a las 8 de la noche del mismo día, pues argumentaba que en el reglamento decía que los días se terminaban a la 1 de la tarde, por lo que basado en eso argumentaba: Ustedes a la 1 de la tarde cumplieron un día y a las 8 de la noche ya tenían otro día. Y aunque ambas partes tenían razón ninguno cedía y la discusión se fue haciendo acalorada hasta que uno de los muchos oyentes que estaban alrededor del mostrador "metió su cuchara", diciendo: tanto el señor, como usted el empleado, tienen la razón, pero como el señor ni siquiera se acostó a dormir la siesta ni hubo cambio de sábanas, aquí debe reinar el criterio y el criterio en este caso es que el señor debería pagar sólo medio día. Y ya con esta exposición que la tomó todo mundo con una car-

cajada, el Hotel Fénix extendió el recibo por solo un día.



Hace unos años, nuestro buen amigo Hilario Cárdenas Jiménez se escandalizó ante las muestras de amor de unos perros que seguían a una perrita en celo, precisamente a la salida de misa del Beaterio, donde él acababa de comulgar; escandalizado me platicó. Todo esto ya lo escribí en uno de mis sencillos artículos allá por los años 80, y ahora aprovecho el espacio para sugerir que nuestras autoridades instalaran una casa de "citas" para perros, donde habría siempre "madames" ligadas, para evitar la terrible demografía, y estoy seguro que muchos de nosotros llevaríamos a nuestros hermosos "chuchos" a ese centro que reuniría moralidad, higiene y que darían buenos ingresos para obras sociales. Desde luego podría instalarse un local contiguo para gatos y gatas, desde luego de cuatro patas, y en esta forma también se evitarían los maullidos que tanto perjudican a los que padecen de insomnio y la quebrazón de tejas en los arrebatos amorosos.

Como hay personas que creen que por mi edad sé de todo, me han preguntado: que si es verdad que "espantan" en Palacio. Yo les he contestado que no lo sé, y ellos agregan que posiblemente sí sea cierto, que se aparecen todos los gobernadores ya "idos", y que esa es la razón por la que los actuales gobernantes ya no trabajan por las noches ahí, evitándose con eso "los sustos" que sentirían cuando vean a los "desaparecidos".

En las pasadas elecciones yo fui uno de los miles de "rasurados" del PRI, pues nunca me llegó la credencial de elector, cosa que me causó pena, dolor y vergüenza, pues por espacio de sesenta años siempre tuve confianza en que cada vez, el "voto" ahora sí lo tomarían en cuenta, cosa que nunca sucedió. Ahora nuevamente han renacido mis esperanzas, ya me retraté y ya tengo en mi poder la nueva credencial con mi retrato, pero noto que en el lugar donde dice distrito, no dice primer distrito de Colima, y en mi ignorancia de las manipulaciones políticas yo me pregunto que a lo mejor esto servirá para votar en el Distrito Federal, o para hacerlo en cualquier distrito de nuestro querido país, según lo ordenen los "pastores" que ordinaria y desgraciadamente no respetan a los que no piensan como ellos.

Y como todo tiene su fin, estos sencillos e ingenuos relatos dicen hasta luego y, si me quedan ánimos, hasta el próximo domingo. Gracias.

* Empresario, historiador y narrador. †

Tratado de las nubes que saben hacer figuras

Norma Navarrete

I
Nube:
Flor del cielo.
Nube:
Cascada de sueños

II
Hace tiempo hice un tratado de paz.
Eran las 12 de la noche.
Las estrellas fulguraban en el cielo
A pesar de las luces de la ciudad.
Yo tenía 19 años.

Después de muchas caminatas acompañada
A esas horas, descubrí las barredoras de la ciudad.
Pero nunca pude observar la cara del que barría
Tal vez pensó:
Y esta mujer, ¿por qué no duerme?
¿dónde vive?
Viví en las calles, salvando popotes de colores,
Atados a una varilla.
Eludiendo los cristales de una botella,
Saboreando una comida rápida.

Después me despedí de la calle
Sin hacer mi tratado de paz.

III
Hoy se me ocurre que puedo hacer un nuevo tratado
Acerca de las nubes que forman figuras:
De ballena, ovejas, niños, dinosaurios
y todo eso que se dice al oído de los novios
cuando enamoran la ilusión.

Hoy pienso que volar
Oooooooooooooooooo
Cabe en un texto sin ortografía.
Satinado de noche recién llegada.

Acabo de mirar una nube en forma de cascada.
Viene a mi mente una casa antigua
Donde hacer arte es tradición.
Recorro sus pasillos, oliendo rosas y cantera
Al filo de la tarde.
Cuando las palomas se encuentran
A más de doscientos kilómetros.
Por ello siento no alcanzar a llegar
A la tarde de mi ciudad la *Relia*.
La que alude a la fuente de las mujeres libres
Sin pudor bañando su cuerpo con agua y frutas.

Lo siento, pero nuevamente me he vuelto a desviar
De un tratado más, en busca de conciliar las palabras.
Sintiendo que vivo lejos de donde nací
Pero cerca por la desviación de mi corazón
Al recuerdo de todo lo aprendido

Con ojos abiertos y niños de cerca.